

La Despertá



Los “Auroros” son gente sencilla que da vida, en los últimos días del mes de septiembre, a la madrugada del día del Cristo. Alumbrados por la luz de la aurora, recorren las calles, plazas y veredas de la Villa, en el silencio de la noche, que se rompe al entonar con recias y profundas voces, cánticos de alabanza dirigidos a Dios y Santa María. El tañido de la campana, marcando el paso del tiempo, y el repetido sonar de la melodía, bajo las hornacinas de nuestras calles, son el lienzo sobre el que los hermanos recrean la ilusión de recibir el regalo de un nuevo día.

La percepción que de los terremotos se tenía en el siglo XVIII, más allá de una reflexión científica del hecho, tiene mucho más que ver con la difusión que de los diferentes relatos hicieron, en ese tiempo, los observadores locales de estos fenómenos. Los ocurridos durante los días 23 de marzo y 2 de abril de 1748, fueron conocidos durante mucho tiempo como los terremotos de Montesa, no porque este lugar fuera el epicentro de los seísmos, independientemente de los importantes estragos sufridos por el derrumbe del monasterio, si no por la importancia que para la época constituía la presencia del castillo de la Orden en nuestro entorno.

Para expresar el profundo dolor vital que supusieron aquellos seísmos del siglo XVIII, los pobladores de Anna pusieron cada una de las quince calles de la Villa bajo la protección de un Santo. En su honor y buscando su amparo, en distintas épocas del año, se interpretaban unos

cantos a la aurora del nuevo día que se hacían especialmente solemnes en el amanecer del día de la fiesta al Cristo de la Providencia. Desde entonces, aunque de forma intermitente, el pueblo de Anna ha mantenido viva esta tradición que ya se aproxima a los tres siglos de antigüedad, y que comparte con otros muchos pueblos del entorno que, como el nuestro, padecieron en aquella primavera los desgarros personales y materiales de los seísmos de 1748. No hay que olvidar que en el siglo XVIII, abundaban las teorías que atribuían la proliferación de estos fenómenos a causas sobrenaturales, fruto del castigo divino, como consecuencia de la maldad de los actos del hombre y su alejamiento de Dios.

Como resumen de la importancia que supuso para los habitantes de nuestra zona este episodio, basta con citar el hermoso motete de los Terremotos, compuesto para la ocasión por el maestro de capilla de la colegiata de Xàtiva Josep Portell¹. Esta partitura, posiblemente transcrita del original en el siglo XIX, se salvó de la destrucción durante la Guerra Civil Española y lleva por título² "O vere Deus", que son los versos con los que comienza la pieza, aunque en la parte superior de las particellas figure titulada como motete de los Terremotos, que es el nombre por la que es conocida. Esta obra escrita a cuatro voces, es una rogativa que el pueblo hace a Dios, pasada la catástrofe, para reconocer sus culpas y evitar la llegada de otro seísmo. Para expresar este profundo dolor y el desgarró del pueblo, Portell utiliza la tonalidad de Fa mayor, modulando a si bemol mayor, para llegar en un canto llano de las voces triples a remarcar con profunda amargura la idea de la tragedia padecida. En los pueblos, como el nuestro, la cultura popular compuso en su memoria, a lo largo del tiempo, unas coplas³ que servían para solemnizar el culto de aquellos "patrones" de cada una de nuestras calles. Alguno de ellos, como el del Portal de San Roque, ya existían desde antiguo y sirvieron como ejemplo a seguir en el proceder de otras calles. Consta por documentos del archivo parroquial, que en el año 1570, ya existían en la Villa dos puertas que cerraban el núcleo habitado junto al barranco de la Fuente. El portal más grande salvaba el curso de la acequia del Portalet mediante un puente por donde discurrían, de forma natural, las aguas procedentes de la Albufera antes de su desvío por la Alameda. El puente y el camino, unían la población con la subida a las Eras y el puente de Garahamed, este en dirección al camino de Chella. Junto a la muralla se situaba una fuente que daba entrada a la calle que actualmente lleva el nombre de San Roque y que antiguamente era conocida como calle del Portal de la Font⁴. Próximo a él quedaba situada una de las seis cruces de término que, el 29 de julio de 1727, por encargo de Dña. Mariana de Leima y la Cerda, Condesa de Baños y Anna, había mandado fabricar para proteger a la Villa de las tempestades, que situaron en las entradas de la población. En la parte interior, y sobre el mismo portal, había una balaustrada y en su centro una hornacina con la imagen de San Roque, con espacio suficiente para la celebración de la Santa Misa. En los libros de la Cambra, consta que la capilla de San Roque con la balaustrada, bóveda y todo lo demás, fue construida en el año 1691, siendo clavario de la Cambra Roque Aparici y jurados Miguel Palop y Tomás Palop, que pagaron por las obras 119 libras y 13 sueldos, además de las 7 libras y 4 sueldos, por remendar las puertas del portal de San Roque y otros gastos de madera y yeso. Este portal, fue derribado en 1869 pese a las fuertes protestas del vecindario. Por ese motivo, la imagen de San Roque fue colocada en una hornacina construida en la casa que unía al arco con la propiedad, donde todavía está instalada. La imagen fue restaurada en el año 1919⁵.

¹ Estuvo al cargo de la capilla entre los años 1729 -1756.

² En inventario.

³ El maestro D. José Aparicio Peiró, ha recuperado tres tipos de coplas que acompañan a los cantos en las diferentes hornacinas.

⁴ Archivo Parroquial. Quinque Libri. Matrimonios 1570. "Luisa del Portal".

⁵ Archivo Parroquial. Libro de fábrica. Folio 158.

“...En este año se renovó la imagen de S. Roque con limosnas recogidas por el pueblo y una rifa; costó la restauración y corona nueva de metal blanco, cien pesetas. En este año también se renovaron las andas del Smo. Cristo de la Providencia cuyos gastos los costeó Dña. Constantina Ridaura hija de esta villa entusiasta devota de esta venerada imagen”.

La última restauración fue llevada a cabo en 2014 por Dña. Consuelo Faus Borredá y su hijo D. Pedro Cuenca Faus, propietaria de la casa donde está situada la hornacina y tras el fallecimiento de su marido y padre respectivamente.



Algunas de las hornacinas que han llegado a nuestros días, tienen un importante valor patrimonial, ya que se tratan de reposiciones del siglo XIX. Las imágenes de San Isidro, San Antonio, y San Francisco, nos muestran en sus inscripciones huellas de estas devociones y de los estragos que el paso del tiempo ha marcado en ellas. Otras como las del Jesús, San Antonio Abad y Santa Cecilia, fueron fundadas por los vecinos a partir del año 2006. El resto fueron repuestas en la década de 1940, excepto la de la Virgen de los Dolores que sustituyó a la anterior, desaparecida en la década de 1970, y alguna otra, como la situada en la Plaza frente a la Canaleta, que nunca fue restituida. Las imágenes de San Cristóbal, Virgen del Pilar y Virgen de los Desamparados en la Alameda, junto al antiguo molino del Lorchano, fueron reposiciones en fachadas particulares a partir de la década de 1970. Especial mención merece la de la Virgen de los Desamparados, de la Alameda, que es una restauración de la que en julio de 1883, el matrimonio de Dña. Teresa Colomer y D. Ramón Camallonga, mandaron construir de la Virgen de los Desamparados. La hornacina acompañó a una imagen que, bendecida en un acto público, fue depositada en una capilla construida al efecto por Cruz Navarro en el domicilio de José Ramón Camallonga en la Calle de San Cristóbal.

En la actualidad son diecisiete las hornacinas bajo las cuales se entonan los cantos de la Despertá, recuperados por el maestro D. José Aparicio Peiró, a las que se añaden los cantos de inicio y despedida en la Ermita y la Parroquia. El maestro, ha trabajado en la recuperación, como una parte importante del patrimonio sonoro de la Villa, los cantos en la "Despertá" a la Aurora del día del Cristo de la Providencia, que comprenden: la Despertá del Cristo, de la Virgen del Carmen y San Francisco. Estas tres melodías son la base sobre la que los Auroros entonan las diecinueve estaciones que hoy determinan el recorrido.



El comienzo de la pandemia supuso, como en otras actividades del pueblo, un paréntesis en esta cita anual de todos aquellos paisanos que espontáneamente esperaban, cada año, la llegada de la madrugada del Cristo, para salir a las calles y entonar estos cánticos. En este tránsito, hemos perdido algunos de los Auroros que nos acompañaron siempre en este camino, por ello y en su memoria, tenemos el propósito de reanudar los cantos a la aurora en la madrugada del día del Cristo de la Providencia. Esperamos que como en el año 2006 nos volvámos a encontrar a las seis y media de la madrugada en la plaza de la Ermita para desearnos la llegada de un nuevo día.